

Los desafíos del diálogo intercultural

Los efectos de la globalización son analizados en el siguiente artículo, en el que se plantea que, lejos de extender la riqueza, ella significa la globalización de la pobreza y la exclusión de la mayor parte de la humanidad. El autor sostiene que ante el modelo civilizatorio monocultural dominante aparece la posibilidad de afirmar una utopía de la vida en su diversidad, ya que la riqueza de la pluralidad cultural es un regalo de la vida.

ALFONSO IBÁÑEZ

Filósofo, Universidad de Guadalajara

Y así fue como la guacamaya se agarró color y ahí lo anda paseando, por si a los hombres y mujeres se les olvida que muchos son los colores y los pensamientos, y que el mundo será alegre si todos los colores y todos los pensamientos tienen su lugar.

S. I. MARCOS: *La historia de los colores*

Cuando hablamos hoy del reto que supone un verdadero diálogo intercultural, la reflexión crítica debería llevarnos a desenmascarar la colonización sin precedentes de la humanidad a la que nos enfrentamos ahora. Me refiero a la cacareada “buena nueva” de la globalización neoliberal, que no hace más que intensificar y amplificar la dinámica expansiva de la modernidad capitalista en su proceso de mundialización.

Lo grave es que la globalización nos envuelve y enreda a todos sin nuestro consentimiento, imponiéndonos una cultura específica para que seamos sujetos y no objetos de los procesos que ella implica. La occidentalización del mundo se acelera y ensancha en su versión reducida —pero más agresiva— de las políticas neoliberales que exigen “ajustes estructurales”. Es así como carcome las

condiciones de producción, reproducción y despliegue de las diferentes culturas, pues la invasión arrolladora de la lógica mercantil socava el territorio de las diversas culturas, distorsionando su tiempo y su espacio.

Antes del diálogo como tal, habría que atender entonces a las condiciones que lo impiden, limitan o distorsionan. Porque ¿qué puede hacer una forma de vida humana que no cuenta con los recursos necesarios para construir su propio mundo cultural, comenzando por los económicos y políticos? Por ello, no se han hecho esperar las reacciones defensivas, como los nacionalismos y fundamentalismos, o los integrismos políticos y religiosos. Pues el “dios-mercado-total”, lejos de globalizar la riqueza, significa la globalización de la pobreza y la exclusión de la mayor parte de la humanidad.

Con razón el movimiento zapatista, precisamente cuando México firmaba el TLCAM, ha denunciado con gran resonancia la nueva guerra mundial del neoliberalismo contra la humanidad. Hoy podemos constatar la forma como la pseudo-universalización del capital tiende a devorar, en su integración homogeneizante y niveladora, a la diversidad cultural. Por medio de la industria cultural y los centros de comunicación planetaria, inyecta la ideología totalitaria de la “economía-mundo” y de la “cultura-mundo” en tanto que horizonte sin otra alternativa.

El “pensamiento único” del neoliberalismo global fomenta el fatalismo, pues reposa en una supuesta filosofía de la historia progresista que nos señala el único futuro posible para la humanidad toda. Y por eso puede llegar a proclamar “el fin de la historia”, invitándonos al conformismo. Ante la neocolonización imperante, establecer un auténtico diálogo intercultural no resulta nada fácil, si nos atenemos al contexto contemporáneo en el que concurren fuerzas adversas y poderes asimétricos. Opino por ello que la adhesión a una filosofía intercultural implica, antes que nada, una opción ético-política por la liberación de las culturas oprimidas, marginadas o excluidas, como ha sostenido Raúl Fonet-Betancourt, uno de sus impulsores más destacados.

PERSPECTIVA FILOSÓFICA

Colocándonos en la esfera más propiamente filosófica, me parece que no bastaría con hacer nuevas elaboraciones de filosofía de la cultura o de filosofía comparada de las culturas. Eso no sería más que prolongar la filosofía ya instituida sobre las culturas en una postura “supracultural”, que es una abstracción

imposible. Por ello, como subraya Fonet-Betancourt, la interpelación del diálogo intercultural nos debería conducir a una autocrítica radical, a una transformación muy profunda e integral del quehacer filosófico, a lo que podríamos denominar una verdadera liberación de la filosofía.

Recuerdo que el pensador anarquista Manuel González Prada dijo que “la escuela es la cárcel del niño”. Nosotros diríamos que la universidad se puede convertir en la prisión de los estudiantes y, sobre todo, de los docentes de filosofía, ya que la filosofía hegemónica, que se hace pasar por universal, es la filosofía europea y anglosajona, como un correlato del dominio cultural de Occidente. Al respecto, cabe mencionar el poder que entraña el nombrar y definir las cosas, como ya indicaba Aristóteles. Así, por ejemplo, Heidegger, uno de los filósofos más importantes del siglo XX, considera que la filosofía es por origen y esencia griega, y, por extensión, greco-occidental. O sea que los demás pueblos y culturas no podrían propiamente filosofar, o para hacerlo tendrían que someterse a un “lavado de cerebro” según la tradición occidental.



De esta forma se confunde el origen de la filosofía europea, que en parte nace en Grecia, con el de la filosofía mundial, que tiene múltiples tradiciones y ramificaciones. Es que la filosofía no nació solo en Grecia, ni esa filosofía puede ser tomada como el prototipo del discurso filosófico. En vez de esta visión eurocéntrica, sería más conveniente tener muy en cuenta que esta actividad que en Grecia recibió el nombre de filosofía es una potencialidad humana que de hecho es cultivada en todas las culturas de la humanidad que poseen una determinada concepción del mundo, de la vida, de la mujer y del hombre. Lo que implica, a su vez, una pluralidad de modos de pensar y actuar.

De ahí que definir qué es *la filosofía* no sea un privilegio de alguien o de una cultura determinada, sino una cuestión irresuelta que debe ser disputada y acordada en el diálogo intercultural. La filosofía hegemónica, que se reserva para sí la acepción estricta de filosofía, puede conceder que en Oriente o en Amerindia existe filosofía en un sentido muy amplio, en tanto que "cosmovisiones" o "etnofilosofías" particulares, pero no una filosofía universal. Y lo hace sin darse cuenta de que su propia elaboración conceptual no puede dejar de ser una expresión, entre otras, de una matriz cultural específica. Por ello la opinión de Gramsci resulta más acertada cuando afirmaba que "todos los hombres son filósofos", aunque no de la misma manera, ya que existen múltiples formas de conocer, interpretar, valorar y configurar el mundo.

La liberación de la filosofía no atañe solo a su surgimiento. Como argumenta Fernet-Betancourt, hay que entrar en una dinámica de deconstrucción o desmontaje de la filosofía, es decir, "'des-filosofar' a la filosofía", lo que en el fondo únicamente se puede hacer desde el diálogo intercultural, pues hay que emanciparla del predominio del paradigma occidental, pero también liberar todas sus potencialidades en el encuentro con la alteridad de la "otra" y el "otro" diferentes, no solo en el pasado sino también en nuestro presente histórico.

Es que la filosofía ha sido aprisionada como una profesión o una "disciplina" más, que a menudo se agota en una lectura e interpretación de textos y sistemas filosóficos

que ya no pisan tierra. Así está ubicada dentro del saber institucionalizado con sus compartimientos académicos, subordinado a su vez al sistema educativo nacional. Por este motivo, la filosofía tendrá que romper sus barrotes, no solo para entrar en un diálogo interdisciplinar con los otros saberes, cosa que ya se está haciendo en parte, sino también para abrirse a la vida real de nuestro contexto histórico.

Y debe lograrlo especialmente para entroncarse con la sabiduría popular que, si bien 'vehiculiza' el sentido común banal y alienante, muchas veces es portadora del buen sentido de las cosas y hasta del arte del "buen vivir" o *sumak kamsay*, en el idioma de algunos pueblos de los Andes. Al respecto, conviene tener muy en cuenta que la llamada "cultura nacional", en su pretendida uni-

dad de los argentinos, peruanos o mexicanos, por ejemplo, oculta más bien la diversidad cultural de nuestros países, que no están constituidos exclusivamente por la cultura mestiza o criolla de las capas dominantes, sino también por las variadas culturas de los pueblos oprimidos, en particular indígenas y afroamericanos.

Por ello, la reflexión filosófica tendrá que superar los hábitos coloniales interiorizados desde nuestro pasado histórico, como una forma de redescubrirnos y combatir la civilización hegemónica. Esto exige re-aprender a pensar, diversificando los métodos y las fuentes de investigación, si quiere leer, más

que los textos, los contextos en los que se elaboran. Claro, si busca adentrarse en los símbolos, en los imaginarios, en las memorias, en las prácticas y ritos de las otras culturas y de la nuestra. No como objetos por ser conocidos, sino como la voz viviente de otros sujetos que uno puede contactar cara a cara en la vida cotidiana, en el entrecruce de biografías e historias distintas que nos invitan a la autocreación personal.

Saliendo de los claustros universitarios que nos encierran, quienes nos dedicamos a la filosofía tendremos que incursionar además en las esferas de la vida pública social y política, haciendo un servicio público comprometido allí donde se gestan las corrientes de opinión política que influyen en el cuestionamiento crítico de nuestras sociedades y en las iniciativas creadoras para la marcha

La adhesión a una filosofía intercultural implica, antes que nada, una opción ético-política por la liberación de las culturas oprimidas, marginadas o excluidas, como ha sostenido Raúl Fernet-Betancourt, uno de sus impulsores más destacados.

histórica hacia metas más humanas que mucho se pueden beneficiar de la diversidad cultural.

Un buen ejemplo de esto es el filósofo mexicano Luis Villoro, quien, fuera de solidarizarse con la lucha por la autonomía de los pueblos indígenas, está fundamentando y proponiendo el pasaje del “Estado homogéneo” al “Estado plural”, así como la posibilidad de construir una democracia comunitaria que, lejos de ir contra la libertad individual, la refuerce dentro de un espíritu comunitario. Por su lado, el presidente indígena de Bolivia, Evo Morales, nos está llamando a construir un “socialismo comunitario en armonía con la Madre Tierra”.

Aunque no estemos completamente de acuerdo con estos planteamientos, como pensadores y actores sociales estamos siendo convocados a contribuir de algún modo a la solución de los problemas que más nos afectan, a aliviar los sufrimientos de nuestros hermanos y de nuestra madre, la Tierra. Corre ya por nuestra cuenta la responsabilidad de encontrar la mejor manera de hacerlo.

UNA UTOPIÍA DE LA DIVERSIDAD

Con frecuencia la utopía ha sido imaginada y pensada como un mundo ideal abstracto que había que realizar históricamente en el aquí y el ahora. Un nuevo orden concebido por élites esclarecidas, que debían conducir al resto de la humanidad hacia una organización de perfecta armonía homogénea. Los resultados históricos, como en el caso del “socialismo real” con su totalitarismo burocrático, han sido muy decepcionantes. Por ello se ha hablado tanto de la muerte de las utopías en tanto que fantasías peligrosas, porque no solo la razón produce monstruos.

No obstante, sin una utopía razonable como “idea reguladora” de la razón práctica encaminada a la acción, a decir de Kant, que abra nuevas posibilidades en una realidad inconclusa, la historia se congelaría en un presente estático sin alternativas o con un único futuro. Eso es lo que pretenden los ideólogos de la globalización neoliberal con su pseudo-utopía del mercado total y la democracia liberal, donde finalizaría la historia. Pero lo más alarmante es que este “nuevo orden mundial”, que más bien es un desorden descomunal, se nos impone de manera intolerante, sin escuchar otras expectativas, formas de vida y esperanzas.

Ante el modelo civilizatorio monocultural dominante, que nos está llevando al abismo autodestructivo, apa-

rece la posibilidad de afirmar una utopía de la vida en su diversidad, ya que la riqueza de la pluralidad cultural es un regalo que nos hace la vida, y que solo puede contrariar a quienes absolutizan su estilo de existencia aunque vaya en contra del estilo de los demás. De ahí la importancia de tener en cuenta la alternativa civilizatoria policéntrica que pudiera surgir de las pequeñas o grandes configuraciones culturales relacionadas entre sí por un diálogo múltiple, abierto y libre de violencia.

Ésta es la utopía que va brotando desde abajo, desde los sótanos del mundo, donde habitan los pueblos que, como los zapatistas, aspiran a “un mundo donde quepan todos los mundos” y donde los hombres y mujeres se sientan tratados con justicia y dignidad. Así es como reclaman no solo su derecho a la diferencia, a la autonomía, sino también su derecho a participar junto con muchos otros en la construcción solidaria de la sociedad nacional y mundial. Pues como lo recuerda el Foro Social Mundial, “otro mundo es posible”, para lo cual hay que promover la interlocución de los diversos actores y movimientos socioculturales del planeta.

Este proyecto histórico implica un diálogo interfilosófico en profundidad, que resignifique las nociones de universalidad y de verdad. No como algo ya dado, sino como una universalidad o una verdad que se van elaborando trabajosamente en la praxis de solidaridad entre los pueblos y las culturas. La filosofía intercultural, provista de una hermenéutica que algunos denominan “diatópica” o “interparadigmática”, podría atravesar las fronteras culturales tendiendo puentes para las recreaciones mutuas, para las traducciones y reinventiones conceptuales, y para la creación de una utopía transmoderna porque está expuesta a lo “inédito viable”. Esto es, a una nueva civilización global que se articule desde la comunicación entre las distintas tradiciones, reconociendo que no será monológica sino polifónica y pluriversa.

Para terminar, enfatizaré que esta utopía de la diversidad, que se contrapone a una democracia liberal restringida, puesta al servicio del poder económico y político mundial, excluyendo a las mayorías populares, exige una democracia radical, incluyente y global. Una democracia de participación directa hasta donde sea factible, que instituya el poder real de todos y cada uno de los pueblos y culturas. Una democracia que propicie la intervención autónoma de los individuos y colectividades de todo tipo, en su afán por hacer posible el florecimiento de la diversidad cultural y la configuración de nuevas simbiosis transculturales. **T**